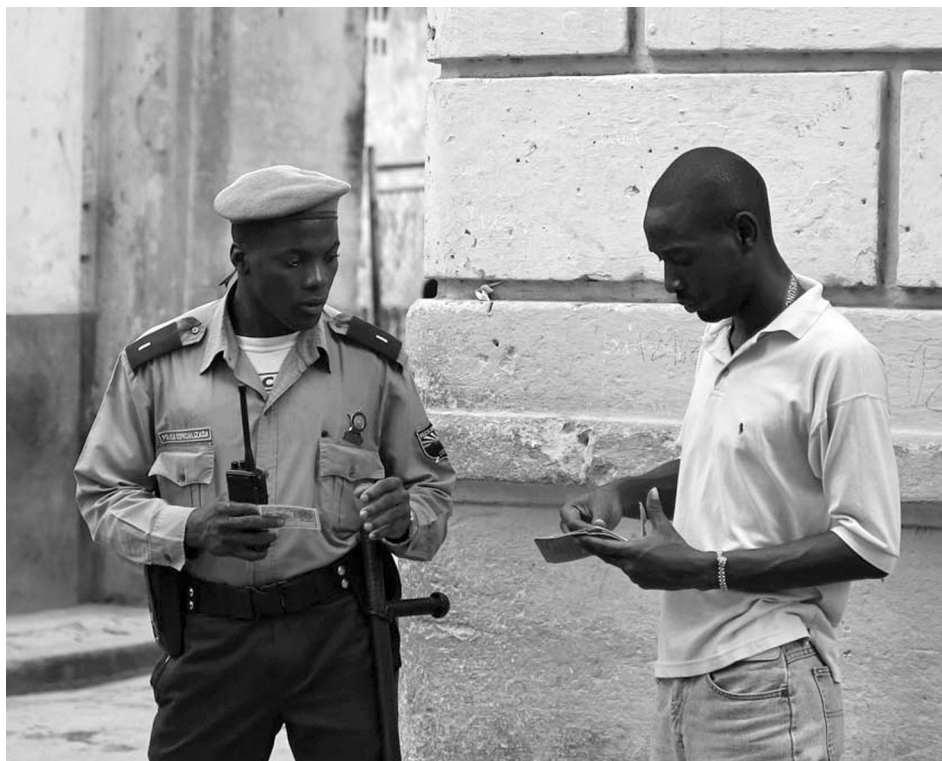


¿Gajes del oficio?

José Hugo Fernández
Escritor y periodista
La Habana, Cuba



“**N**egro, oriental y policía, es el colmo”... Este peyorativo suele escucharse ahora con frecuencia en las calles de La Habana. Es una manera de expresar de un tirón el súmmum de lo rechazable, alineando en una sola frase tres prejuicios: racial, regionalista y anti-gubernamental, los cuales gravitan sobre los cubanos desde hace siglos. Sólo que hoy, para mal, las circunstancias los mezclan por obra de las mismas calamidades de siempre, económicas y socio-políticas.

Ya sabemos que, entre las desventajas de toda índole que la hegemonía blanca impuso a los negros cubanos desde el inicio de nuestra historia como nación, una constante han sido las dificultades de acceso a los empleos mejor remunerados y, digamos, los más dignificantes en el plano social. Harto conocido es también que, por este motivo, se muestra histórica la tendencia de negros y mestizos a mirar hacia ciertos cuerpos y fuerzas de uniforme estatales, donde generalmente resulta fácil colocarse para buscar el sustento, pues la oferta de em-

pleo suele oscilar por encima de la demanda. Obviamente, no abundan —y por lo que parece, no abundaron nunca— los que, pudiendo aspirar a una ocupación mejor valorada socialmente, prefieren ser policías, soldados o bomberos.

Por el prestigioso historiador cubano Pedro Deschamps Chapeaux¹ conocemos que aún desde antes de ser abolida institucionalmente la esclavitud, los descendientes de África recurrían, para librarse de la servidumbre, al alistamiento en los Batallones de Pardos y Morenos, bajo el mando del régimen colonial. Era un modo en que España se las arregló para utilizar a los negros como carne de cañón en defensa de sus posesiones contra los ataques de piratas y corsarios e incluso contra las amenazas de potencias extranjeras. Y era, a la vez, otra vía para sojuzgarlos con determinados beneficios: fuero militar, pensiones o preferencias para algún que otro empleo, siempre bajo condicionantes y desde una perspectiva donde los negros, aunque fueran soldados u oficiales más o menos libres, terminaban sufriendo por igual las vejaciones de la mentalidad colonial, amén de sus estrategias divisionistas.

Sin embargo, en aquellos Batallones de Pardos y Morenos, al mismo tiempo que explotación racista, los descendientes de África hallaron campo fértil para desarrollar sus relaciones de reciprocidad solidaria e intercambiar ideas y proyectos. Sobre todo esos batallones fueron vía de aglutinamiento de los negros en torno a su más importante organización de aquellos tiempos: los cabildos, que marcarían el inicio de su pujante presencia en la economía habanera del siglo XIX.

Tal vez especialmente por eso, aunque igual por la disyuntiva de vadear sus obstáculos para conseguir empleo (aun a costa de enfrentar las inevitables discriminaciones), los negros cubanos continuarían enrolándose en

cuerpos uniformados tanto en los años posteriores de la colonia como en la república, con mayor y menor masividad según las coyundas hegemónicas de cada ocasión. Parecería entonces un efecto de correspondencia histórica que hoy vuelvan a representar amplia mayoría entre las filas de la policía nacional, particularmente las destacadas en La Habana.

Pero esta nueva situación trasciende con creces la mera correspondencia histórica. Es más compleja y por varios motivos. No se trata únicamente de lo mucho que ha llovido desde los tiempos de la colonia y aun de la república hasta acá. No se muestra compleja solamente a través del recordatorio del medio siglo que ya se ha gastado en el poder un gobierno que se proyecta siempre en público como antirracista y beneficiador de la reivindicación de los derechos de los negros.

De un modo contradictorio y hasta podría decirse anti-histórico, la nutrida presencia de negros en la policía de hoy no los beneficia en lo social y menos en cuanto a la solidaridad racial. Al contrario. Desde tal ángulo, la correspondencia registra atrasos si se compara con lo que lograban antes, incluso en el Batallón de Pardos y Morenos.

Cuando nadie quiere ser policía

Siempre hay que hablar en términos empíricos o especulativos cuando nos referimos a fenómenos que han tenido lugar en Cuba durante las últimas décadas y sobre los cuales no es posible consultar estadísticas, porque no las hay o no están al alcance. Las instituciones gubernamentales sólo dejan constancia de los datos que favorecen al gobierno o de los que por alguna particularidad se consideran admisibles dentro de su estilo de hacer historia. Es uno de los escollos que deben enfrentar nuestros cronistas imparciales del presente. Y

lo que es todavía peor: encierra una muy grave limitación, tal vez insalvable, para los historiadores del futuro.

Casi está de más aclarar que no se pueden cotejar estadísticamente los negros y los blancos que engrosan las filas de la Policía Nacional Revolucionaria (PNR). Sabemos — porque es de fácil constatación visual — que los negros y mestizos marcan notable superioridad numérica y también la marcan los originarios del oriente del país. Sin embargo, en el caso de los negros, el primer contraste que salta a la memoria es que no siempre, dentro del período que llamamos la revolución, parece haber sido igual su representatividad en la PNR. Hubo momentos, en décadas anteriores, los sesenta y los setenta, en que curiosamente no constituyeron mayoría.

¿Será que habían mejorado sus posibilidades de conseguir empleo?. ¿O que al estar más integrados al proceso revolucionario, mucho más que hoy, sus expectativas de progreso económico y de vida habrían permitido abrir brecha por otros rumbos más esperanzadores?. ¿Será que, en aquellos primeros años de la revolución, el gobierno no estuvo interesado en estimular la superioridad numérica de los negros en sus cuerpos policiales?

Quizá no resulte posible despejar estas interrogantes partiendo de fundamentaciones científicas, pero valdría la pena que los historiadores lo intentasen por lo que promete, aun cuando sea una dura faena, como tantas otras que se verán obligados a emprender en un futuro que ya se vislumbra inminente. De momento, lo que sí se sabe de a firme es que aquella PNR de los años sesenta y setenta ha experimentado cambios de consideración en su objeto social. Aunque siga teniendo el mismo nombre y en apariencia nada haya variado en sus bases estructurales, está hoy lejos de ser lo que era. De una institución uniformada con

misión de velar por el orden público y la seguridad dentro de un país inmerso en un proceso de transformaciones sociales y económicas, más y menos acertadas, pero siempre a partir de enfoques revolucionarios, la PNR ha devenido fuerza al servicio de una dictadura con muy marcado talante represor. Es imposible que tal conversión no marchase acompañada de creciente antipatía por el pueblo. Y aún peor: esta implicación actúa dentro del clásico círculo vicioso. Mientras más esclerosada e injusta es la dictadura, mayor es el rechazo popular, más continuadas y desmedidas son las represiones de la policía, al tiempo que también crece su desprestigio ante la población.

No es para extrañarse que, en medio de este panorama, hayan descendido aparatosamente los índices de demanda de empleo en la PNR. Nadie quiere ya ser policía, sobre todo en La Habana, donde es más tensa la presión represiva y en circunstancias en que mayor número de policías necesita el gobierno. No en balde han sido dispuestos para este cuerpo estímulos materiales que no tienen precedentes en la etapa revolucionaria. Hoy por hoy, un policía cubano gana mejor salario que un médico u otro profesional, por no hablar del obrero fabril. Además, reciben prebendas que los sitúan en posición materialmente ventajosa, pero ni aun así han conseguido que la demanda de empleo se corresponda medianamente con la oferta, en especial entre los capitalinos. Y es justo a propósito de esta infausta coyuntura como entra en juego la renovación de sus filas con grandes contingentes de jóvenes, sobre todo negros y mestizos traídos desde el interior de la Isla.

¿Gajes del oficio?

El cuadro se muestra extremadamente delicado y es de suponer que muy incómodo

para las organizaciones de lucha contra la discriminación racial, que han estado surgiendo o reactivándose en los últimos tiempos dentro de Cuba. Si en medio de las caóticas expectativas de vida, los reajustes en las cifras de puestos de trabajo estatales y la crisis económica, alguien se lanza a denunciar como evento discriminatorio contra los negros que éstos, sobre todo los del interior del país (donde la pobreza llega a copos de desesperación), están siendo empleados masivamente, con puestos seguros y bien numerados, lo menos que podría ocurrirle es que termine recibiendo una atronadora trompetilla, incluso por aquellos a quienes intenta defender.

El tema se las trae por su complejidad. Probablemente a lo largo de toda la historia del gobierno revolucionario (por no extender la comparación hasta la de épocas anteriores) se puedan contar con los dedos de una mano, y sobrarán dedos, las oportunidades como ésta que hoy brinda la PNR, en que los cubanos descendientes de esclavos, y aún más los del interior de la Isla, se la han visto tan fácil para conseguir empleo con solvencia económica por encima de la media, con facilidades de alojamiento y hasta de adquirir casas propias en la capital, manteniendo garantizado su estatus de pobres con buena parte de sus problemas cardinales resuelto y sin que ni siquiera haya sobreexplotación de sus facultades físicas e intelectuales. Esto denota una de las más lesivas actitudes discriminatorias del gobierno contra los descendientes de esclavos, más grave cuanto más sutil y engañosa, incluso cuanto menos premeditada o más fortuita parezca ser.

Es esencialmente una operación racista o de su suma indolencia ante el reclamo de los antirracistas cubanos, propiciar una mayoría negra entre las filas de la policía justo en momentos en que este cuerpo se torna cada vez más antipopular. Como irresponsables,

cuando menos, podrían ser calificados los artífices de esa mala idea, concededores (como deben serlo, puesto que viven en Cuba) de que la ocurrencia por sí sola sería caldo de cultivo para los discriminadores blancos. No en balde ya rueda en las calles de La Habana un chiste (otro más) con trasfondo racista, según el cual, de la misma manera que el gobierno ha estado ensayando, como medida cosmética, la equiparación racial, al menos en números fríos, para determinados cargos estatales y empleos de gran incidencia pública como la televisión, se debiera equilibrar, pero al revés —dice el chiste—, las filas de la PNR, si es que verdaderamente interesa evitar que los policías negros se conviertan, por obra del prejuicio, en negros policías, junto a la consabida sentencia de que son el colmo.

Por si fuera poco, el incremento desmedido de policías negros, nada menos que en las circunstancias de desmoronamiento sistémico y de inconformidad social que hoy vive el país, constituye una agresión que apunta directamente hacia la zona más sensible del meollo racista: la fraternidad y la identificación solidaria entre los negros como grupo, valor que han sabido conservar contra viento y marea, aun ante sus más traumáticas calamidades históricas.

¿Acaso no se ha denunciado suficientemente que los negros son hoy los más acosados y agredidos por la policía cubana? ¿No es de sobra conocida la notable cantidad de negros que participan activamente en el movimiento de oposición pacífica al gobierno? ¿No han estado sobresaliendo incluso como disidentes ejemplares, ya sea en el presidio político o en las huelgas de hambre, como líderes de partidos, o en el mero enfrentamiento pacífico en las calles, justo contra las fuerzas policiales y otras hordas dirigidas por el Ministerio del Interior?

Vistas así las cosas —como son, sin duda—, este incremento desproporcionado de policías negros (lo haya premeditado o no el gobierno) consigue enfrentar desde posiciones hostiles y hasta quizá irreconciliables, a los miembros de ese grupo socio-racial. Es muy seguro que las autoridades del colonialismo español en la Isla hubieran calificado de ingrato, arbitrario y desconsiderado a cualquier negro que pusiera en tela de juicio los beneficios que recibían los de su grupo como efectivos del Batallón de Pardos y Morenos. En la actualidad no debe ser diferente (ya se ha visto que no lo es) la reacción del gobierno ante quienes se quejen de la especial acogida que en este momento se les dispensa a los negros en las filas de la PNR.

¿Serán tan orgánicamente racistas que no están aptos para identificar una manifestación de racismo tan burda? Hace poco, en conversación personal con un oficial negro del Ministerio del Interior, de quien hubiese preferido mantenerme a distancia, pero no tuve elección, hablé sobre lo dañino que resulta para los negros cubanos esa supremacía numérica en las filas de la PNR. Él repuso que ser policía es un trabajo como otro cualquiera y que los negros, o cualquier cubano, podrían sentirse privilegiados al contar con empleo bien pagado, mientras en otras partes del mundo el desempleo da al cuello. Le dije, más o menos, que las faenas represivas no tienen precio, que no hay dinero ni nada que reponga la pérdida de prestigio que implica convertirse en un abusador de mujeres y hombres indefensos y que, además, dan ganas de llorar ver a esos pobres muchachones que, por obra de la ignorancia, la manipulación y el engaño violan una regla de oro del comportamiento impuesta desde hace siglos por sus ancestros africanos: la comunicación afectiva y la solidaridad racial. Usted está hablando boberías, me ripostó el oficial, ya cerrado en banda y poniendo punto



a la charla: Ellos cumplen con su deber revolucionario. Lo demás son gajes del oficio.

Quise responderle que más bien eran gajes del racismo que otra vez les impone la hegemonía blanca, pero el oficial me dejó con la palabra en la boca. Tampoco me hubiese servido de mucho seguir en la deriva. Las antenas para su retroalimentación cultural y política, como las de tantos otros en Cuba, son direccionales: sólo captan señales que procedan de un punto preestablecido con la más absoluta rigidez. El resto de lo que reciben es ruido, cruces en la línea, interferencia.

Nota:

1- En: Deschamps, P. *El negro en la economía habanera del siglo XIX*. La Habana: Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1971.